

CAPÍTULO XXIV

Preparativos de Arato para la guerra. – Penetración de Licurgo y Pirrias por Mesenia, sin resultado. – Discordias de los megalopolitanos aplacadas por Arato. – Derrota de los eleos por Lico, propretor de los aqueos.

Se había iniciado ya el estío, Agetas mandaba a los etolios, y Arato obtenía la pretura de los aqueos, cuando Licurgo el espartano regresó de Etolia a su patria (año -218). Los éforos le habían enviado a llamar, desengañados de la falsa acusación que había dado motivo a su destierro. Éste, pues, había tratado con Pirrias el etolio, pretor que era a la sazón de los eleos, de hacer una irrupción en la Mesenia. Arato había encontrado corrompida la tropa extranjera de los aqueos, y hallado las ciudades con pocas disposiciones de contribuir a sus gastos. La causa de esto era la malicia e indolencia con que Epérato, su predecesor, había manejado los asuntos públicos. A pesar de estos atrasos, convocó los aqueos, consiguió un decreto para remedio de estos males y pensó con actividad sobre las disposiciones de la guerra. He aquí lo que contenía el decreto de los aqueos: que se mantendrían ocho mil infantes de tropa extranjera y quinientos caballos, y que se alistarían en Acaya tres mil hombres de a pie y trescientos caballos, entre los cuales habría quinientos infantes megalopolitanos con escudos de bronce, cincuenta caballos y otros tantos argivos.

Se ordenó también que cruzasen tres navíos hacia Acte y el golfo de Argos, y otros tres por las costas de Patras, Dime y mares próximos.

Mientras que Arato se ocupaba de hacer estos preparativos, Licurgo y Pirrias, convenidos ambos en salir a campaña a un mismo tiempo, avanzaron hacia Mesenia. El pretor aqueo, que comprendió su propósito, acudió con los mercenarios y un cuerpo de tropa escogida a Megalópolis, para socorrer a los mesenios. Licurgo, apenas salió de Esparta, tomó por traición a Calamas, castillo de Mesenia, y se dirigió después con diligencia a incorporarse con los etolios. Mas Pirrias, que había partido de la Élide con muy poca gente, tuvo que volver atrás por el obstáculo que halló en los cipariseos, a la entrada de Mesenia. De suerte que Licurgo, imposibilitado de unirse con Pirrias, y sin fuerzas para obrar por sí solo, después de hechas algunas pequeñas correrías para subvenir a las necesidades del ejército, se volvió a Esparta sin haber hecho cosa de provecho. Frustrados los propósitos de los enemigos, Arato, como prudente y pródigo en lo porvenir, persuadió a Taurión y a los mesenios de que cada uno por su parte alistase cincuenta caballos y quinientos infantes. Su mira era guarnecer con esta gente Mesenia, Megalópolis, Tegea y Argos, países que, limítrofes de la Laconia, se hallaban más expuestos que el resto del Peloponeso a las incursiones de los lacedemonios, y cubrir él con la flor de Acaya y los mercenarios las fronteras de esta provincia que miran a Elea y a Etolia.

Arreglados estos asuntos, Arato, atento al decreto de los aqueos, reconcilió entre sí a los megalopolitanos, que arrojados recientemente de su patria por Cleónemes, y arruinados por el pie, como se suele decir, necesitaban muchas cosas y estaban escasos de todas. Como siempre los espíritus se hallaban en las mismas disposiciones, siempre se encontraba imposibilidad para contribuir a los gastos, ya públicos, ya privados. Todo eran contestaciones, todo disputas y todo rencor de unos a otros, como de ordinario sucede, tanto en las Repúblicas como entre los particulares, cuando faltan los medios para completar los propósitos. El primer motivo de disensión era sobre el restablecimiento de los muros. Decían unos que se debía estrechar la ciudad y reducir sus muros a tal extensión que fuese asequible la empresa y la posibilidad de defenderla en caso de ataque; pues si ahora se había perdido, había sido por su magnitud y despoblación. A más de esto pedían que los propietarios contribuyesen con el tercio de sus fondos para aumentar el número de moradores. Los del bando opuesto ni podían sufrir que se estrechase la ciudad, ni consentían en la contribución del tercio de sus posesiones. El segundo y principal objeto de división eran las leyes que les había dado Prítanis, personaje ilustre entre los peripatéticos, y de esta secta, a quien Antígono había enviado por su legislador. No obstante tales desaveniencias, Arato hizo todos los esfuerzos posibles para sosegar la contienda, y consiguió al cabo cortar las disputas. Las condiciones de esta concordia fueron grabadas sobre una columna que se puso junto al altar de Hestia en Homario.

Después de esta reconciliación, Arato levantó el campo, fue a la asamblea de los aqueos y dio el mando de los extranjeros a Lico de Fares, por ser éste a la sazón pretor del territorio asignado a su patria. Los eleos, disgustados con Pirrias, volvieron a pedir a los etolios por pretor a Eurípidas. Éste esperó a que llegase la asamblea de los aqueos, y poniéndose en campaña a la cabeza de sesenta caballos y dos mil infantes, atravesó los campos de Fares, corrió talando el país hasta Egio y, hecho un rico botín, se retiró a Leoncio. Lico, con esta nueva, marchó al socorro con diligencia. Encuentra al enemigo, le ataca de repente, mata cuatrocientos y hace doscien-

tos prisioneros, entre los cuales los más ilustres eran Fisias, Antánor, Clearco, Andróloco, Evanóridas, Aristogitón, Nicásipo y Aspasio. Las armas y el equipaje quedaron todas para el vencedor. Por el mismo tiempo el almirante aqueo, haciéndose a la vela para Molicria, trajo consigo poco menos de cien prisioneros, y volviendo a salir, se dirigió a Calcea, donde, vencida la oposición de los moradores, apresó dos navíos largos con sus tripulaciones, y cogió un bergantín etolio junto a Rion, con todo el equipaje. De suerte que la concurrencia por mar y tierra a un tiempo de despojos, y la abundancia de dinero y provisiones que éstos rindieron dieron confianza a los soldados aqueos de recobrar sus pagas, y a las ciudades esperanza de que no serían cargadas en el futuro con impuestos.